

"ETA es un muerto viviente que habita en el espacio que va de la derrota al fin"

Entrevista a Daniel Innerarity, filósofo

El pensador asegura que debemos tomar conciencia de que vivimos en una época postheroica que exige revisar 'nuestra idea de normalidad política'. Si la amenaza es global "ha de acudirse a una diplomacia cooperativa, y no a la típica acción del estado soberano, que es lo que hizo Bush en Irak" | "Fue ETA la que quemó la idea misma de tregua para el futuro. La llave de un futuro proceso no puede ser nada que no tenga carácter irreversible"

Pedro Valián | Madrid | 17/05/2008 | Actualizada a las 01:15h

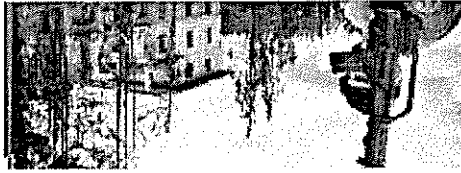
Considerado por muchos uno de los principales inspiradores del pensamiento

conciliador y modernizador del nacionalismo vasco de Josu Jon Imaz -apartado

por la facción soberanista-, el filósofo Daniel Innerarity, desde su residencia fijada

en Burdeos, se ha convertido en uno de los pensadores sociales más importantes

del momento.



Daniel Innerarity es premio Nacional de ensayo 2003 / Archivo
MÁS INFORMACION

A FONDO La violencia de ETA

"El PNV intentó convertirse en hegemónico aprovechando el pragmatismo del electorado"

Su esfuerzo por buscar un relato contemporáneo para la complejidad política de las sociedades actuales le ha valido premios como el Nacional de Literatura en la modalidad de ensayo o el premio Espasa de ensayo. Todo ese saber es puesto en palabras con un verbo cauteloso, un espejismo, pues su actitud atenta y dubitativa casi empaña la evidencia de que es custodio de algunas de las claves para

entender la convulsión que nos sumerge.

Son tiempos oscuros. Llega la crisis.

Hay una tendencia profunda en nuestras sociedades a que la política se convierta en una gestión de las crisis. Lo que se está produciendo es un cambio de modelo, como consecuencia de esa globalización a la que tantas veces nos referimos y sobre lo que no hemos reflexionado lo suficiente. Hemos entrado en la era de las catástrofes globales: climáticas, financieras, sociales o sanitarias, ante las que nos encontramos todos en una singular exposición. Creo que la seguridad es el gran tema de nuestro tiempo, entendida en todas sus dimensiones, lo que va a modificar tanto el discurso como la acción política.

En ese sentido, a pesar de las anomalías de nuestro modelo de crecimiento, hay quienes sostienen que poca o ninguna responsabilidad tienen nuestros políticos en esta desaceleración y por tanto, poca capacidad para detenerla. En el caso concreto de las catástrofes económicas o financieras, estamos en una larga cadena que va enganchando desde los años 90 una serie de inestabilidades y burbujas hasta la actual crisis inmobiliaria, desde las subprimes americanas a nuestra crisis de la construcción. Hay una especie de ausencia de límites en nuestro mundo, que se verifica tanto en el momento de la euforia como en el de la depresión, en la superación cooperativa de las tradicionales soberanías pero también en la dificultad de regular y proteger.

¿Qué se puede hacer?

Los agentes políticos pueden haber disimulado que vamos hacia escenarios de mayor incertidumbre social, política y económica, no sólo por la actual crisis, durante un cierto tiempo con diversas operaciones ideológicas, ofreciendo una seguridad que no están en condiciones de garantizar, pero cuanto antes lo reconozcan, mejor. Hay que convencerse —y hacerse saber así a la ciudadanía— de que la política es un tipo de actividad que se realiza en medio de una gran incertidumbre, lo cual no nos impide tomar decisiones o formular proyectos, siempre y cuando no olvidemos la contingencia de esas decisiones y proyectos.

¿Por eso sostiene que los grandes partidos están condenados a una

"diplomacia cooperativa"?

En este escenario se requiere una nueva cultura política que no es tanto una mera suavización de las formas o disposición al diálogo, sino la conciencia de que vivimos en lo que a mí me gusta llamar una época postheroica, que exige que revisemos nuestra idea de normalidad política: es normal que las decisiones políticas se lleven a cabo en medio de una gran incertidumbre, es normal que en nuestras sociedades haya consenso y disenso, es normal que los liderazgos sean

menos nítidos, más abiertos al diálogo y cooperativos. Lo que no tiene ningún sentido es pensar que el recurso al saber experto nos va a librar del vértigo de nuestras decisiones, ni soñar con que un día desaparezcan completamente las diferencias políticas que nos caracterizan, o ahorrar tipos de liderazgo propios de otra época.

?Cuánta culpa tiene nuestro modelo de crecimiento?

Decía hace poco un experto internacional que lo peor que puede pasarle a un país es tener petróleo: Irak, Venezuela, Rusia, Ecuador, México... son países que disponen en abundancia de este poderoso recurso natural pero cuyo nivel de bienestar, igualdad o calidad democrática distan mucho de ser los que cabría esperar. Estos países no cumplen en absoluto los criterios de medición de calidad de vida, entendida en sentido integral, que incluye factores como la redistribución, la igualdad de oportunidades, la lucha contra la pobreza y la exclusión, la estabilidad o la protección de los derechos. En cambio, por poner un ejemplo recurrente, Finlandia no dispone más que de árboles y nieve, pero está a la cabeza de la innovación tecnológica y, no por azar, ocupa el primer puesto en el informe PISA sobre calidad de enseñanza.

De acuerdo, ¿entonces?

La pregunta es ¿dónde está entonces la auténtica riqueza de las naciones? El verdadero crecimiento económico no depende de los recursos naturales pero tampoco se asegura con los modelos de desarrollo que lo confían todo al mercado inmobiliario. Buena parte de las economías de nuestro entorno se han sostenido gracias a esa mezcla explosiva de ladrillo y especulación, que supone un crecimiento coyuntural y deriva con frecuencia en la corrupción. La salida de la crisis que se avecina, más allá de medidas coyunturales, dependerá de lo capaces que seamos de formar personas con alto nivel de cualificación. La verdadera riqueza de las sociedades reside en su saber.

Suena bien la música, pero, como se dice ahora, parece difícil ponerle letra. La apelación a la sociedad del conocimiento y la innovación deberían convertirse en un horizonte perseguido con tenacidad, desde las instituciones y con la colaboración de quienes tienen alguna responsabilidad en ello, tejiendo así una gran red que ponga en la misma dirección a las instituciones políticas, económicas y educativas, los sectores público y privado. El paso hacia la sociedad del conocimiento consiste, sobre todo, en darnos cuenta de que la energía de los talentos es incomparablemente superior a la fuerza de la materia y de todas sus posibles transformaciones. El dinamismo de la creación de riqueza surge de la innovación de conocimientos. La mejor inversión es ahora la educación, el aprendizaje y la investigación.

?Realmente tiene margen un gobierno para actuar en esa complejidad?
Hay una crisis de los mecanismos tradicionales de respuesta a la crisis, porque, como le decía, las crisis son globales, y las respuestas deben serlo, y por tanto deben basarse en la colaboración.

Ponga un ejemplo.

Si las lógicas que desatan los riesgos son globales, el combate de esos riesgos debe ser también global. Es el error de Estados Unidos en Irak. Si la amenaza es global, ha de acudirse a una diplomacia cooperativa, y no a la típica acción del estado soberano, que es lo que hizo Bush en Irak. La soluciones reales pasan por una transformación de la forma de entender el poder. Lo único que puede funcionar para constituir estructuras de cierta defensa son aquellos mecanismos que sean pactados.

En todo caso, dada la complejidad de las sociedades desarrolladas, ¿no es simplista entender que las crisis tendrán una repercusión lineal y global?
Es cierto que a nivel macrosocial hay una transmisión casi eléctrica de las catástrofes, lo vimos con la gripe aviaria, o con el 11-S; es una transmisión emocional a la que es imposible poner barreras. Sin embargo, del mismo 11-S aprendimos que buena parte de los cimientos del sistema están regulados, como se vio en el sector de los seguros y su reacción a la catástrofe imprevisita. Y es cierto que en Europa gozamos de mayores mecanismos de protección, de mayor regulación en ese sentido.

En Euskadi acabamos de vivir dos acontecimientos sociales de profundo recorrido. En primer lugar la frustración del proceso de paz, que ha dejado a la sociedad vasca una impresión distinta a las anteriores.
Salvo ETA, todos hemos ido aprendiendo mucho de los fracasos de las treguas y comprobamos que los márgenes de maniobra se estrechan notablemente. Estoy convencido de que la próxima ocasión será la definitiva porque las condiciones para que el Estado y la sociedad acepten un proceso de diálogo van a ser mucho más exigentes. Palabras como "inequívoco", "permanente", etc. no van a encontrar en adelante interlocutores crédulos. Fue ETA la que quemó la idea misma de tregua para el futuro. La llave de un futuro proceso no puede ser nada que no tenga carácter irreversible. Por eso tal vez sea difícil acceder a ese escenario, pero una vez allí, las cosas serán más fáciles que en la vez anterior.

?La derrota está cerca?

No me convence el debate acerca de la "derrota" porque es equívoco e interesado. ETA vive ahora en el espacio de tiempo que va desde la derrota hasta el final. Hay

muchos ejemplos en la historia política de esta especie de "supervivencia después de haber muerto", periodos de inercia en los que el curso de la historia ya se ha decidido en un determinado sentido, pero las dinámicas continúan, bien porque sus protagonistas no se han enterado o porque les falta valor para aceptarlo. El problema es que ETA no tiene hoy por hoy un relato de cierre que le permita disimular con una cierta credibilidad para los suyos la prorroga de barbarie y la lógica autodestructiva que ha supuesto no coger antes otros trenes que le eran más favorables.

?No habrá más trenes?

Ahora mismo nadie es capaz de pensar una llave que abra un nuevo proceso. En ETA se está dando un deterioro progresivo, una pérdida de su sentido político, porque se van dando cuenta de que la batalla esta irreversiblemente perdida. Lo malo es que la única motivación que les queda es psicológica.

?Psicológica? A qué se refiere?

Ahora hay más resentimiento y odio que sentido político (que lo tenía, por más que nos resultara repugnante) en sus acciones, probablemente como resultado de su conciencia de derrota. Esto dificulta mucho cualquier salida, porque no se puede manejar en una eventual interlocución. Quiero decir que cuando tienes delante un tío que hace cálculo político, por más que sea un cálculo político que te resulte inmoral, puedes manejarlo prever sus reacciones, pero cuando su móvil es odio y es incapaz de formular objetivos el problema se hace similar al del terrorismo suicida. No hay interlocución posible con un interlocutor incomprensible.

?Cree que pagaremos el precio de la radicalización de los mensajes políticos emocionales de la pasada legislatura?

El balance de la legislatura que acaba de cerrarse es bastante pobre con un discurso político de trazos gruesos y emociones fuertes, apelaciones al miedo e identidades enfáticas; para unos era una desgracia que España fuera a romperse definitivamente, mientras que para otros lo lamentable era que estuviera aún tan lejos de romperse. Esta claro que así se consigue movilizar a los más temerosos, pero no se consigue interesar verdaderamente a nadie. Ese ruido despolitiza en el fondo a las sociedades. La verdadera intensidad política está en otro lado: en la reflexión, en el debate de argumentos, en las identidades abiertas al acuerdo.

Eso se dice más fácil que se hace.

Es necesario secularizar la política, desacralizarla, hacerla más inteligible para la mayor parte de la ciudadanía que yo no vive y siente en ese registro, sino en otro menos patético. A eso me refería al hablar de un horizonte postheroico para la política actual como rasgo que, pese a la crispación, ya es dominante en la

Y ahí entra el segundo acontecimiento vasco, el castigo a PNV, EA y EB, que ha sido muy severo, con caídas de entre el 30% y el 50%.

La política no se puede hacer de espaldas a las experiencias de la gente, porque termina siendo incomprensible. Los discursos políticos serán siempre muy diversos, pero tienen que ser verosímiles y conectar con experiencias que los ciudadanos puedan sentir como propias. Y creo que, por citar algunos ejemplos, ni desde el miedo a la derecha, ni desde el miedo a la izquierda, ni desde la identidad entendida agónicamente se pueden urdir mayorías amplias que permitan acometer algunas de las transformaciones que nos están aguardando. El resultado de estas elecciones demuestra a mi juicio la validez del siguiente axioma: a mayor *agonismo* y drammatización, menor respaldo electoral... aunque se aseguren unos mínimos; los famosos "suelos", que cada vez son más bajos.

El error del PNV en Mondragón provocó una reacción dura del PSOE, que quiso lanzar el mensaje de que se han acabado las audacias, las trivialidades que tanto le complicaron la legislatura anterior. ¿Cuál cree que debe ser el marco futuro?

Mire, con el problema territorial los actores políticos deben darse cuenta de que se trata de una cuestión de distribución de poder, y dejar los símbolos en su sitio. Es fundamental una concepción plural del poder y una discusión serena sobre cómo articular ese poder, en parte reticular y en parte central. Pero si los actores derivan el asunto a lo patrotero, se producirá inevitablemente un bloqueo.

Pero está sobre la mesa el referéndum de Ibarretxe, como un desafío

La idea de que, si no hay acuerdo, vamos a una consulta no fortalece la capacidad negociadora del Lehendakari, sino que la debilita, como estamos viendo. Proporciona una disculpa muy cómoda al Gobierno central para no ponerse siquiera a dialogar. Y al Lehendakari le ata a un calendario que le resulta corto plazo, pero los problemas van a seguir y la necesidad de recuperar el pacto estatutario seguirá interpeándonos.

¿Cree posible un acuerdo duradero?

Un acuerdo futuro sobre el autogobierno vasco sólo será posible si comprendamos que no puede ser otra cosa que un compromiso en el que todos cedan algo. No será una mera negociación de competencias, pero tampoco un cambio de marco. Se puede articular en torno a una formulación moderna e integradora del derecho a decidir que suponga un verdadero avance en el autogobierno (deseado por más del 70 por ciento de los vascos), y que al tiempo constituya un punto de encuentro

entre nacionalistas y no nacionalistas. No se trata de discutir un listado de competencias, sino de dotar a las competencias propias de un contenido decisorio real y de pactar también su interpretación bilateral en caso de conflicto y garantizar el cumplimiento de lo pactado.

Otro asunto que se ha zaramdeado mucho es el de los laicos contra los católicos. ¿Cree que tendrá repercusión?

Seguramente se equivocaron sus aprensadores y la religión no va a ser suprimida sino tan sólo transformada, aunque de una manera radical. Lo que sí se ha acabado es la religión como estructurante de la sociedad, a la que correspondiera definir y legitimar el orden colectivo. A partir de ahora, la pregunta que hemos de hacernos es que función va a desempeñar la religión en un mundo que ya no está definido por ella.

Se ha desvanecido lo que sostenía la fe religiosa desde el exterior, aquello que la inscribía en el círculo de lo plausible y le procuraba una suerte de objetividad sociológica. Estamos entrando en la época de una religión liberada de sus connotaciones políticas y sociales, más libre y personal.

Sin embargo, lo que hemos vivido ha sido pura repercusión política de la fe. Le diré una cosa: el PP y la Conferencia Episcopal han funcionado durante la pasada legislatura a partir de una confluencia de intereses que ambos van a pagar muy cara. Hay que entender que en el fondo no hay apenas ciudadanos ortodoxos, ni en lo religioso ni en lo político ni en lo identitario, y esa sociedad de heterodoxos es lo que funciona como cemento social. Ya nadie nace y muere con un chip de lo que es correcto, con el pack de creencias y actitudes instalado. De hecho hoy resulta inauténtico encontrarse con una persona auténtica, un auténtico marxista, un auténtico nacionalista o un auténtico católico, todos comecemos pequeñas trayectorias y nuestra inscripción no es completa en ninguno de los grandes relatos. Por eso han disminuido las incompatibilidades y las relaciones son de mayor reflexividad.